

Il visconte dimezzato

JUAN RAMON MASOLIVER

En este "perfil de sombras" evoca Juan Ramón Masoliver el inquietante zig-zag que recorre a lo largo de los años figuras y destinos. Y cómo brota en una noche la explosión de lo imprevisto.

No sé qué atisbo de mala conciencia tengo en lo referente a Miguel Delibes, desasosiego cuando menos. Le habíamos dado con plenos votos el premio de la Crítica a su magnífica novela *Las ratas*. El Gremio de Libreros, a instancias de su presidente, el infatigable José María Boixareu, le declaró "Autor del mes", con cena final —y placa— en el restaurante Rosa de buena memoria; y por alguna indelicadeza, de terceros e involuntaria, me di discreta media vuelta tras saludar a Miguel y su esposa. Peor ahora, cuando los fríos polares de enero. Con los sobrevivientes del primer jurado del Nadal estaba convocado a presentar una preciosa edición de sus novelas camperas, y mi contribución al acto hube de dictarla por teléfono. Que son los gajes de vivir en un monte, a los cuatro vientos, y con la carretera como pista de patinar. Y ya es chusca paradoja que nuestro amigo, desde la gélida Castilla y a través de media España llegara sin obstáculo a Barcelona, y que yo no pudiera alcanzarla con escasos 17 kilómetros.

Y no sé en qué rincón del subconsciente asomaba que en

esa prisión pagaba, acaso, una vieja deuda: la de haber preferido, en el Nadal que significó la investidura de aquel desconocido escritor de veintitantos años, la de haberme inclinado —con otro de los ahora homenajeados— a favor del montañés Pombo Angulo. Y la razón la tenía el resto del jurado, como pronto hubimos de convenir cuando el vallisoletano aportó esa joya que es *El camino* y, a mayor abundamiento, *Las ratas*. Mala conciencia, digo, pues precisamente a Miguel Delibes, en todo caso al Nadal de su estreno, debo literalmente la vida.

Andaba yo de corresponsal de *La Vanguardia* por donde siguieran los zambombazos, pese a la paz estallada en la primavera del 45. En 1946 tales menesteres me entretuvieron por la Macedonia en que andaban a la greña albaneses y griegos, comunistas y no. No acababa de zafarme de tamaño paraíso y Néstor Luján, entonces joven poeta y compañero en las lides de *Destino*, amablemente se aviño a despachar mi cupo de novelas optantes al Nadal. Llegué a tiempo de leer lo seleccionado, y Néstor y yo votamos al alimón (fue el año de Gironella). Más complicado, si cabe, se presentó el 47

entre el estruendo de los dolores del parto de Palestina que había de traducirse en el nacimiento de Israel.

En Jerusalén compartía un hotelito de la Greek Colony con el vicecónsul Manuel Allendesalazar, vizconde de Tapia y —como yo le llamaba en broma, pero con sacrosanta verdad— XLVI primomagnano, a fuer de tataranieta de la primera duquesa de Riánsares, née María Cristina de Borbón-Nápoles, la Reina Gobernadora, madre también de Isabel II. Con una decena de duques y otros grandes de España en su familia directa, la verdad es que el muchacho jamás usaba aquel título nobiliario, máxime cuando su puesto diplomático era algo así como un castigo, confinado allá por su padre el embajador a la férula del atrabiliario cónsul general. Rubiando y de ojos claros, larguirucho, desmadejado y tímido, lo de Manolo Allende era el sufrir, pugnando por trabajar amistades fuera del agobiante ruedo diplomático: jóvenes oficiales británicos, algún intelectual judeoalemán, muchachas y universitarios palestinos. Y el fallido heredero de Jordania, el emir Talal, a quien su padre mantenía apartado por "loco" (léase demócrata). Estábamos ya hartos de tantos meses en plena zona conflictiva, entre dos alambradas y con el engorro de tirar de documentación ante los obtusos guardianes escoceses de faldellín. Y cabalmente fue el emir quien nos aconsejó trasladarnos a un hotel recién inaugurado, cosa de un kilómetro allá. Lo que nos venía de perlas; iba sonando la hora de mi regreso, y para Manolo —con el dinero a cuentagotas— no iba a ser fácil mantener la casa.

Y allá los dos, con el criado sudanés Abdo, el perro y demás impedimenta, nos fuimos para el Hotel Semíramis, una alegre construcción de planta, piso y sótano cuyo propietario era Raúf Lorenzo, católico árabe de nuestro consulado. Un minúsculo y acogedor hotel cuyo sótano —el café— se convirtió, sin nosotros saberlo, en cuartel general de los encendidos patriotas palestinos.

Como también ignorábamos que los sionistas nos colgaron, a los hispanos, el sambenito de organizar no sé qué leva de voluntarios marroquíes para la causa palestina.

La situación se embarullaba más y más, salir de la ciudad era arriesgarse a que, unos u otros, te largaran a una falla para ti solo; y sólo a finales de año conseguí regresar a mis lares. Con tiempo justo para devorar las novelas que la diligencia de Néstor tenía preparadas. Y en la noche de Reyes del 48, cuando en el inolvidable Café Suizo nos disponíamos a ventilar el concurso, una llamada de Madrid me sacó del reservado y, en un rincón de la escalera del restaurante, la voz del conde de Montefuerte me informaba de la trágica muerte de Manuel Allendesalazar, su hijo y mi compañero en siete tenos meses. No el Irgún, la audaz banda terrorista del futuro presidente Begin, sino la milicia de la sesuda clase política que iba a gobernar: la Haganah, acababan de volar el Semíramis. Iban por Raúf Lorenzo y por nosotros, Abdo incluido, claro es.

Mucho después, en conversación con el hijo menor y único varón superviviente de aquella familia, supe que tras la explosión vio aparecer a Manolo, titubeante vela en mano entre los dos cuerpos del edificio, que oscilaban sobrecogedoramente en sentido contrapuesto para sumirse, al instante, con fragor y polvareda en la noche. Otro testigo, aunque mudo, fue nuestro perro. Allá le veríais en cubierta, guardia fiel junto al féretro de mi amigo, cuando los traería un carguero vasco a nuestro puerto. "¡Pero si es un vulgar chuchó!", se le escapó decir al afligido embajador Montefuerte. No extrañe que lo mandaran para la casa solariega de Guernica.

A tantísimos años de distancia no suene a crueldad repetir que para mí, en cambio, aquel Nadal, y también Delibes, fueron la salvación.

Juan Ramón Masoliver es escritor y crítico literario.



Miguel Delibes